

Tres de los sacramentos, el Bautismo, la Confirmacion y el Orden, imprimen al alma un carácter, es decir una marca espiritual indeleble, que hace que no puedan recibirse sino una vez.

XII. Hay para el hombre dos vidas y dos muertes, la vida y la muerte naturales, la vida y la muerte sobrenaturales. La vida natural consiste en la union del alma y del cuerpo; la muerte natural es la separacion del alma y del cuerpo. La vida sobrenatural consiste en la union del alma con Dios por la gracia santificante; la muerte sobrenatural es la separacion del alma de Dios por el pecado mortal, es decir, por una transgresion grave de sus leyes. La vida del alma es incomparablemente más preciosa que la vida del cuerpo; la muerte espiritual es incomparablemente más terrible que la muerte natural. Jesucristo dijo: « ¡Qué aprovecha al hombre ganar el mundo, si pierde su alma! »

XIII. Las cuatro postrimerías del hombre son: la muerte, el juicio, el cielo ó el infierno. Es cierto que morimos, sólo es incierto el momento de nuestra muerte. De este último momento depende nuestra dicha ó desdicha eterna. Sigue á la muerte el juicio particular en el que Dios pide á cada uno la cuenta exacta y rigurosa de su fe y obras. La consecuencia del juicio es el cielo ó el infierno, segun que el hombre se halla en estado de gracia ó de pecado mortal en el instante de su muerte.

Sin embargo, las almas de los justos que al morir no hubiesen satisfecho enteramente á la justicia divina, van al purgatorio, lugar de tormentos pasajeros y de expiacion completa.

Al final de los tiempos, despues de la resurreccion general, vendrá el juicio final, en que se manifestarán las virtudes de los justos y los pecados de los malos. Estos irán al infierno, los justos subirán al cielo con Jesucristo. La felicidad del cielo y los tormentos del infierno serán eternos, es decir, no tendrán fin.

XIV. Las principales virtudes sobrenaturales del cristianismo son: Fe, Esperanza, Caridad.

1. La Fe es una virtud por la cual creemos firmemente las verdades que Dios ha revelado, porque él nos las ha revelado, y la Iglesia nos las propone creer.
2. La Esperanza es una virtud por la cual esperamos, con firme confianza, de la bondad de Dios, por los méritos de Jesucristo, la vida eterna y las gracias para llegar á ella.
3. La Caridad es una virtud por la cual amamos á Dios sobre todas las cosas, por sí mismo, como nuestro último fin, y á nuestro prójimo como á nosotros mismos por el amor de Dios.

El cristiano está obligado á hacer actos de fe, esperanza y caridad, á menudo durante la vida, y cuando está en peligro de muerte.

XV. Los siete vicios ó pecados capitales, origen de todos los demás pecados, son: Orgullo, Avaricia, Lujuria, Envidia, Gula, Ira, Pereza.

Las virtudes opuestas á estos vicios y origen de todas las demás virtudes, son: Humildad, Liberalidad, Pureza ó Castidad, Caridad, Templanza, Paciencia, Diligencia ó Amor al trabajo.

XVI. La observancia de toda la ley se reduce al cumplimiento de estos dos preceptos: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazon, con toda tu alma, con todas tus fuerzas. Amarás al prójimo como á tí mismo. El amor de Dios y el amor del prójimo se prueban por las obras. Jesucristo dijo: Quien me ama observa mis mandamientos.

Las reglas de la caridad cristiana son cinco:

1. No hagas á otro lo que no quieras que te hicieran á tí.
2. Haz á los otros lo que quieras que te hicieren á tí.
3. Ama al prójimo como á tí mismo.

4. Ama á tus enemigos; haz bien á quien te odia; ruega por los que te persiguen y calumnian.
5. Esfuérzate por amar al prójimo como te amó Jesucristo.

Las obras de caridad ó de misericordia son corporales ó espirituales. Las primeras, en número de siete, son:

1. Visitar á los enfermos; 2. Dar de comer á los hambrientos; 3. Dar de beber á los sedientos; 4. Vestir al desnudo; 5. Dar posada al peregrino; 6. Visitar y aliviar á los encarcelados; 7. Enterrar los muertos.

Las segundas, tambien en número de siete, son: 1. Enseñar al que no sabe; 2. Dar buen consejo al que lo ha de menester; 3. Corregir al que yerra; 4. Perdonar las injurias; 5. Consolar al triste; 6. Sufrir con paciencia las flaquezas de nuestros prójimos; 7. Rogar á Dios por nuestros hermanos vivos y muertos.

XVII. Toda la Religion de Jesucristo se resume por completo en estas dos buenas y excelentes palabras traídas del cielo por los Ángeles:

¡Gloria á Dios! Paz á los hombres!

XVIII. ORACIONES ESENCIALES DEL CRISTIANO.

Señal de la Cruz.

En nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amen.

Doxología.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo, como era en el principio, y ahora y siempre, y por los siglos de los siglos. Amen.

Oracion dominical.

Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea el tu nombre, venga á nos el tu reino, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo. El pan nuestro de cada día dánosle hoy, y perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos á nuestros deudores, y no nos dejes caer en la tentacion, mas líbranos de mal. Amen.

Salutacion angélica.

Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre Jesús.

Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amen.

Símbolo de los Apóstoles.

Creo en Dios Padre todopoderoso, Criador del cielo y de la tierra, y en Jesucristo, su único Hijo Nuestro Señor, que fué concebido por obra del Espíritu Santo, y nació de Santa María vírgen. Padebió debajo del poder de Poncio Pilato, fué crucificado, muerto y sepultado. Descendió á los infiernos, y al tercero dia resucitó de entre los muertos. Subió á los cielos, y está sentado á la diestra de Dios Padre todopoderoso. Desde allí ha de venir á juzgar á los vivos y á los muertos. Creo en el Espíritu Santo, la Santa Iglesia católica romana, la comunión de los Santos, el perdón de los pecados, la resurrección de la carne, y la vida perdurable. Amen.

Confesion general.

Yo, pecador, me confieso á Dios todopoderoso, y á la bienaventurada siempre Vírgen María, al bienaventurado

san Miguel arcángel, al bienaventurado san Juan Bautista, á los santos apóstoles san Pedro y san Pablo, y á todos los Santos, y á vos, Padre, que pequé gravemente con el pensamiento, palabra y obra, por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa. Por tanto ruego á la bienaventurada siempre Virgen María, al bienaventurado san Miguel arcángel, al bienaventurado san Juan Bautista, á los santos Apóstoles san Pedro y san Pablo, y á todos los Santos, que rogueis por mí á Dios Nuestro Señor.

El Señor omnipotente se compadezca de nosotros, nos perdone nuestros pecados y nos lleve á la vida eterna. Amen.

Acto de Fe.

Creo firmemente, Dios mio, todo lo que cree y enseña la santa Iglesia católica, apostólica, romana; lo creo, ó Dios mio, porque vos lo habeis revelado, y porque sois la verdad misma, que no podeis engañarnos ni engañaros.

Acto de Esperanza.

Espero, Dios mio, con firme confianza que, por los méritos de Nuestro Señor Jesucristo, me daréis vuestra gracia en esta vida y la gloria eterna en la otra.

Acto de Caridad.

Os amo, Dios mio, con todo mi corazón, y más que todas las cosas, porque sois infinitamente bueno é infinitamente amable; amo tambien á mi prójimo como á mí mismo por el amor de Dios.

Acto de contrición.

Dios mio, tengo verdadero pesar de haberos ofendido, porque sois infinitamente santo y porque os desagrada el

pecado. Propongo firmemente, mediante vuestra santa gracia, no volver á pecar y hacer penitencia. Amen.

Al terminar, me apresuro á consignar el hecho de que esta exposicion, tan sencilla pero tan grave, es por sí sola uno de los más brillantes esplendores de la fe.

Estos misterios tan abrumadores para la razon, de los que no tendrían ni idea siquiera la inteligencia más elevada y la imaginacion más activa: el Sér divino, simple y al mismo tiempo infinito, inmenso, la Trinidad de las personas en la unidad de la naturaleza, una sola y misma persona Dios y Hombre todo junto, el cuerpo, la sangre, el alma la divinidad de Jesucristo realmente presentes debajo de las apariencias del pan y del vino, la sustancia del pan y del vino cambiada en la sustancia del cuerpo y de la sangre de Jesucristo, etc., etc. Estos misterios tan abrumadores los han creído y los creen todavía despues de diez y ocho siglos muchos de los más ilustres talentos. La fe de los grandes hombres de los siglos más ilustrados de la historia con la fe cándida del carbonero. ¡Esplendor! esplendor!

Estos preceptos tan rigurosos, estas leyes tan severas, estos consejos tan superiores á la naturaleza, los han aceptado, observado, practicado despues de diez y ocho siglos acá innumerables multitudes de almas generosas, á menudo santas hasta el heroismo! Y aun actualmente, cuando la relajacion de las costumbres es tan profunda y universal, millones de cristianos llevan con felicidad y orgullo este yugo tan pesado. ¡Esplendor! esplendor!

Estas oraciones tan sencillas las repiten despues de diez y ocho siglos acá los labios más elocuentes, más puros, más dulces de la humanidad. Salen todavía solícitas y ardientes de millones de corazones amantes y de bocas piadosas. ¡Esplendor! esplendor!

En resúmen, esta fe cristiana y católica, tan sensible en sus misterios, tan sublime en sus dogmas, tan austera en su moral, tan heróica en sus virtudes, ha conquistado el mundo á despecho de los esfuerzos conjurados de la fuerza bruta, de las pasiones desencadenadas, del vicio triunfante, de la filosofía y de la ciencia orgullosas, y aún hoy llena la tierra. Permanece firme y absolutamente una, cuando al rededor de la misma todo se desploma y se divide hasta lo infinito. ¡Esplendor! esplendor!



CAPITULO II.

La Fe es necesaria.

El que creyere en Él y se bautizare, se salvará; pero el que no creyere en Él, será condenado. (Ev. seg. san Marcos, cap. XVI, v. 16.)

El que no cree en el Hijo único de Dios ya está juzgado. No verá la vida. La ira de Dios permanece sobre su cabeza. (Ev. seg. san Juan, cap. III, v. 18 y 36.)

¿Quién pronunció, hablando de sí mismo, esta sentencia tan formal?

Jesucristo.

¿Á quién aludía Juan Bautista cuando formulaba este decreto tan temible?

Á Jesucristo.

Juan, el apóstol muy amado, anunció con estos términos sublimes la aparicion de Jesucristo en el mundo:

«Él es el Verbo, Hijo de Dios; Él estaba en el principio en Dios, y Él es Dios.